

# LA BRUJA BRUNILDA





Primera edición, 2016

Depósito Legal: B. 19.371-2016  
ISBN: 978-84-682-4177-7  
Núm. de Orden V.V.: IY73

© VALERIE THOMAS  
Sobre el texto literario.

© KORKY PAUL  
Sobre las ilustraciones.

© OXFORD UNIVERSITY PRESS  
Sobre la edición original.

© NATALIA TUCA  
Sobre la traducción.

© RAMÓN MASNOU  
Sobre las actividades.

© EDITORIAL VICENS VIVES, S.A.

Sobre la presente edición según el art. 8 del Real Decreto Legislativo 1/1996.

*Obra protegida por el RDL 1/1996, de 12 de abril, por el que se aprueba el Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual y por la normativa vigente que lo modifica. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, incluidos los sistemas electrónicos de almacenaje, de reproducción, así como el tratamiento informático. Reservado a favor del Editor el derecho de préstamo público, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso de este ejemplar.*

IMPRESO EN ESPAÑA. PRINTED IN SPAIN.

Valerie Thomas

# LA BRUJA BRUNILDA

Ilustraciones  
Korky Paul

Traducción  
Natalia Tuca

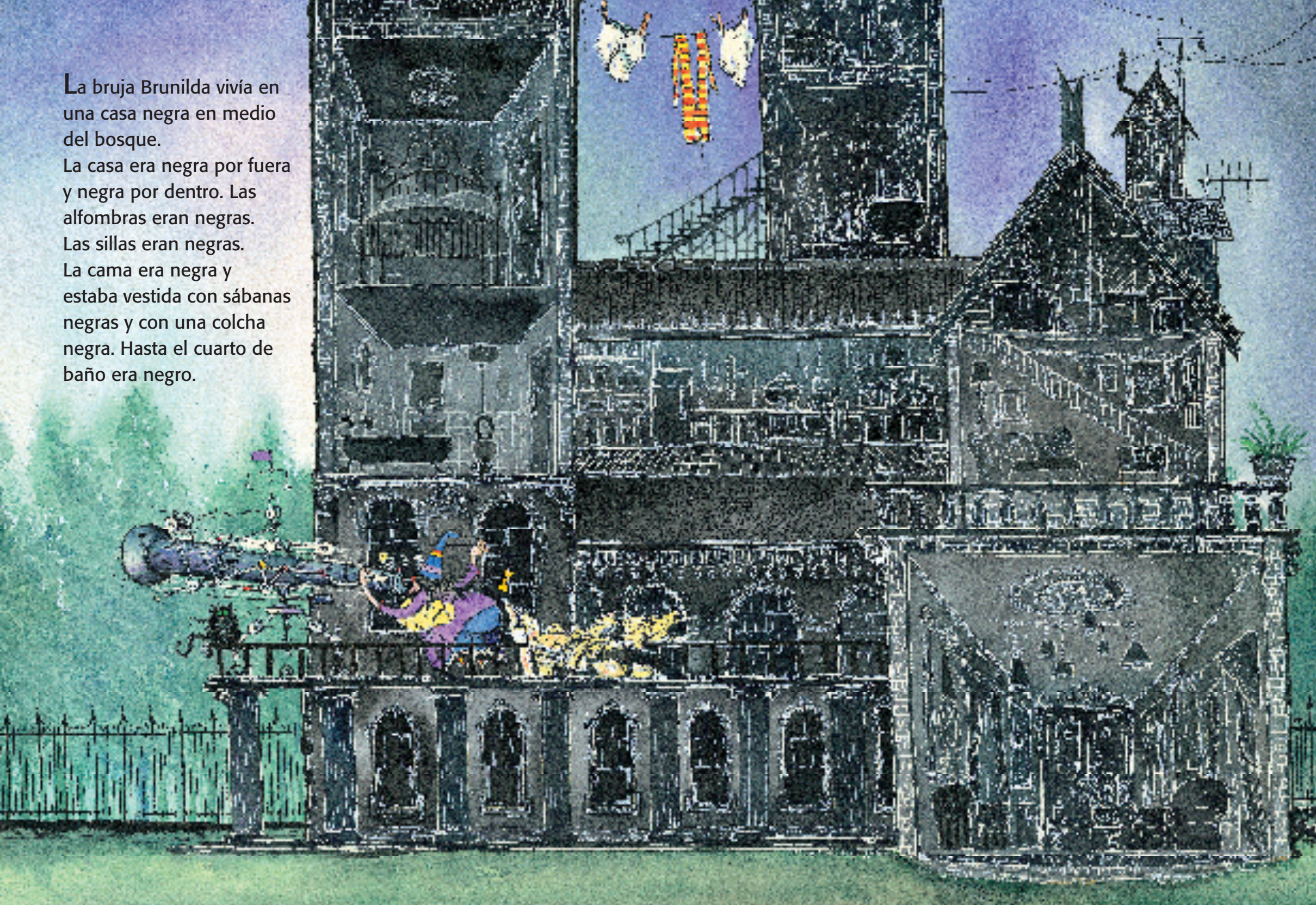
Actividades  
Ramón Masnou



Vicens Vives

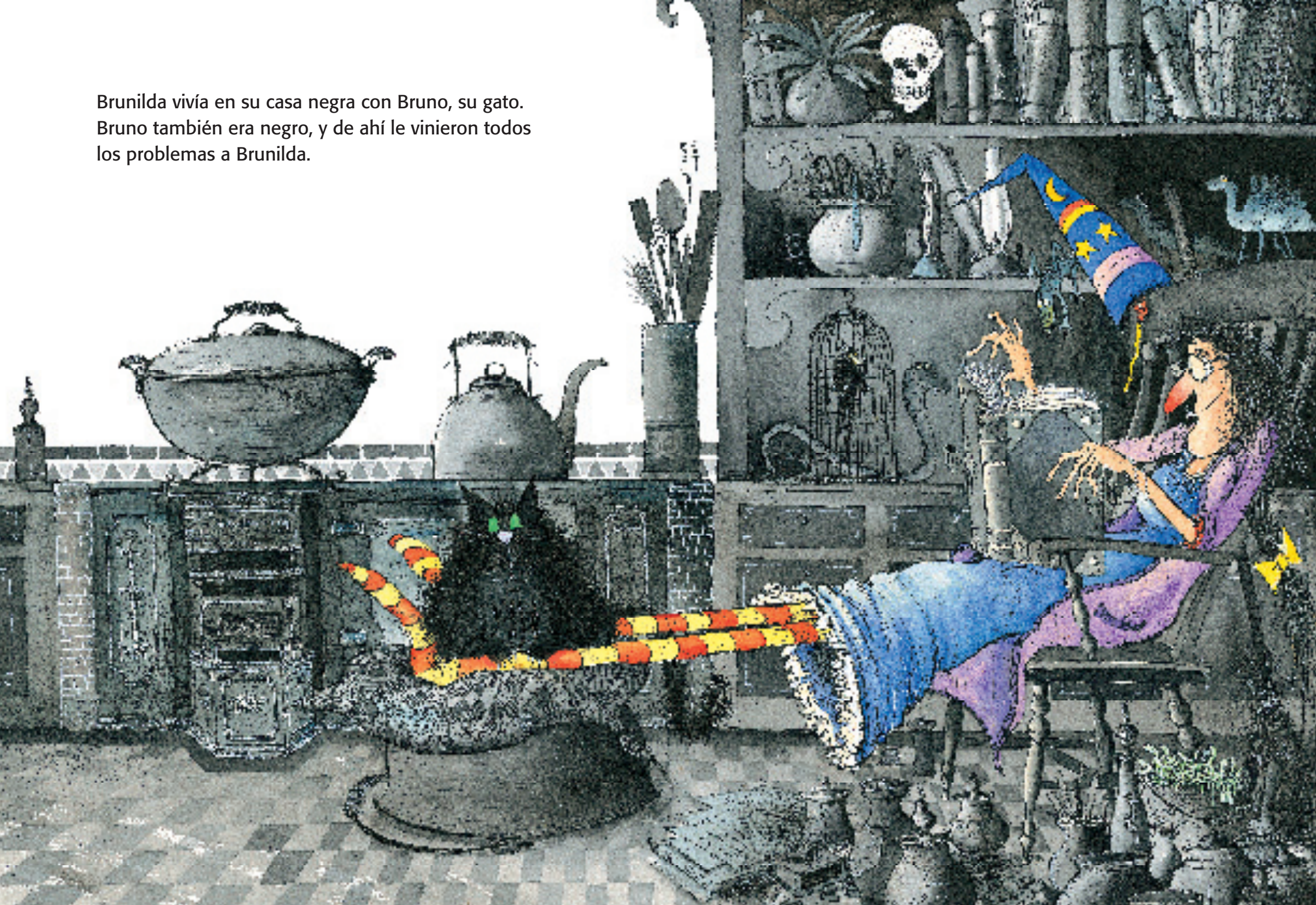


La bruja Brunilda vivía en una casa negra en medio del bosque. La casa era negra por fuera y negra por dentro. Las alfombras eran negras. Las sillas eran negras. La cama era negra y estaba vestida con sábanas negras y con una colcha negra. Hasta el cuarto de baño era negro.





Brunilda vivía en su casa negra con Bruno, su gato. Bruno también era negro, y de ahí le vinieron todos los problemas a Brunilda.





Cuando Bruno se sentaba en una silla con los ojos abiertos como platos, Brunilda lo podía ver. Bueno, al menos podía verle los ojos verdes.

Pero cuando Bruno cerraba los ojos y se dormía en la butaca negra, Brunilda no lo podía ver y se sentaba encima de Bruno sin darse cuenta...

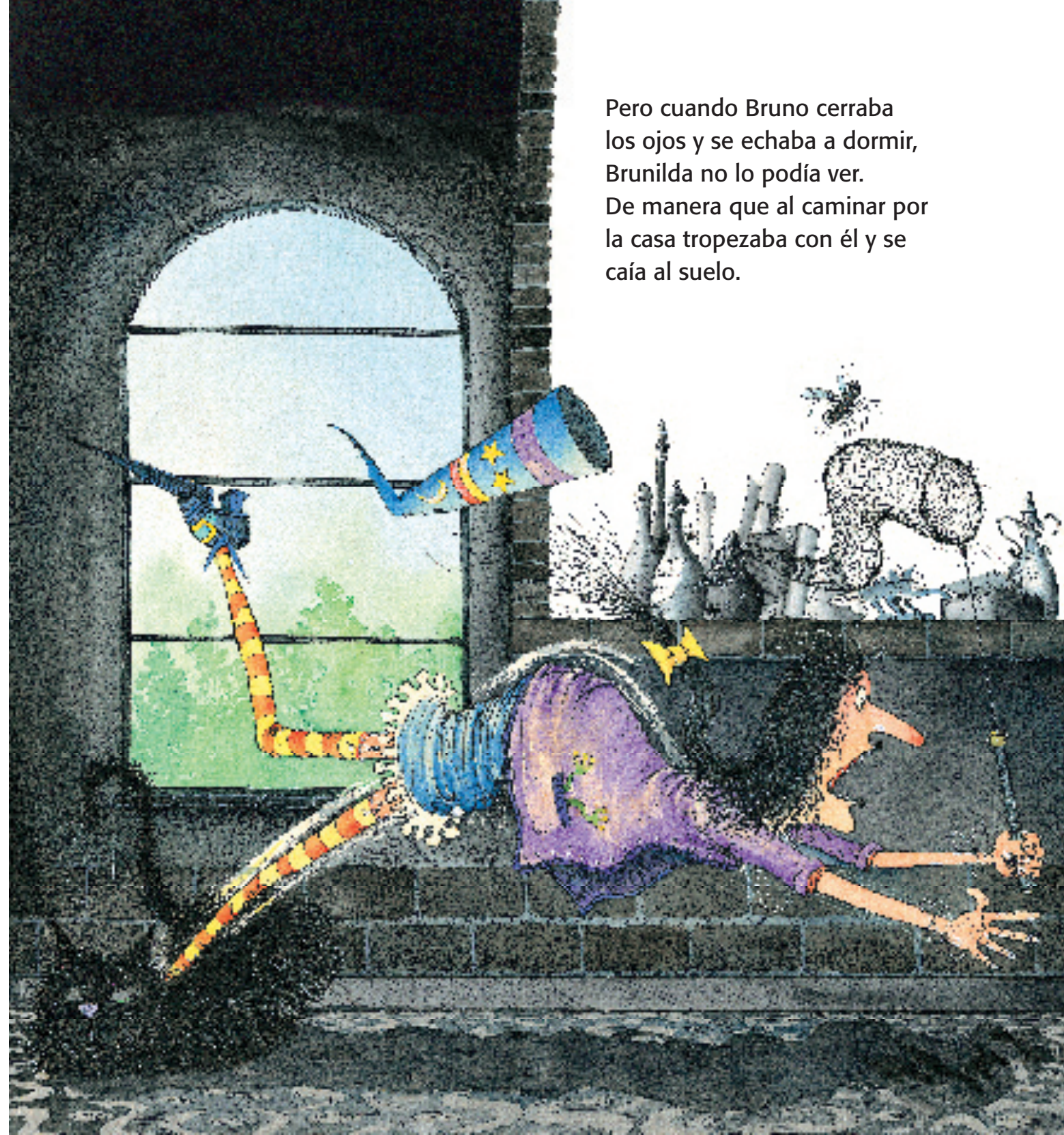




Cuando Bruno se sentaba en la alfombra negra con los ojos abiertos como platos, Brunilda lo podía ver. Bueno, al menos podía verle los ojos verdes.



Pero cuando Bruno cerraba los ojos y se echaba a dormir, Brunilda no lo podía ver. De manera que al caminar por la casa tropezaba con él y se caía al suelo.







Un día tropezó con Bruno en la escalera y ¡cataplám!, se dio un buen batacazo. ¡Aquello no podía seguir así! De modo que agarró su varita mágica, la agitó un par de veces en el aire y exclamó: **¡Abracadabra!** De repente Bruno cambió de color. ¡¡Ahora era verde!!

